

Late un corazón (Fragmento)

Late un corazón

Al titular así este cuento cierro con urgencia un ciclo lleno de urgencias. Se abre un nuevo camino, lleno de urgencias también. Tengo que contar muchas cosas, y debo contarlas aquí y ahora. Lo lograré como siempre, mezclando todo con todo, y sin ocultar mi modo, diré desde el principio la sustancia que compone este relato: repasar el por qué y el para quién de mi escritura, romper con una tradición literaria, reivindicar mi derecho a amar.

Ahora es viernes, son las diez de la noche, y en tres horas parto a una fiesta a la que no quiero faltar, aunque detesto la noche: “Cuando la luz empieza a cambiar, a veces me siento un poco extraña, un poco inquieta, cuando está oscuro...”. Gre se fue con Martín a la playa; quedaron por todas partes sus potes de yogur que brillan en la oscuridad. Gregorio tiene cuatro años y ocho meses, y una estatura que ya le da una experiencia acerca del género: cuando vamos por la calle, las carteras de las mujeres le golpeen la cabeza; los codos y los cigarrillos de los varones ponen en peligro su cara. Eso es lo que vivimos cuando callejamos por Libertad, él con paso despreocupado de chico, y yo atajando carteras, codos y cigarrillos. Dice que soy la líder de la familia y cuando vamos a las marchas, dice que soy la líder de las mujeres. Cuando echo a los gatos de la mesa de la cocina, dice que tienen tanto derecho como nosotres a estar en cualquier parte de la casa. “¡Justicia!”, me dice. A veces me dice “papi” en vez de “mami”, y yo no le digo nada. Tuvieron que pasar casi cinco años para que yo pudiera hablar de él; primero tuve que poder entender la presión social que implica ser madre... también aprender que les hijos

pueden amar a su madre o a su padre a pesar de que mueran por una causa política, y comprobar que ser madre te cambia mucho, pero hay cosas que siguen siendo las mismas. Nunca escribí nada para mi hijo ni sobre mi hijo, pero ahora me doy cuenta de que todo lo hago pensando en él.

Tímidamente, desde hace un tiempo, he venido detallando cómo escribo mis historias: hilando todo con todo, tratando de enaltecer la lógica, cuando sé que la lógica no tiene ningún sentido en la vida; luchando por que los sentimientos emerjan. Hoy cierro un ciclo de veinte años de escritura, veinte años en los que la escritura me ayudó a sobrevivir en todos los sentidos posibles: incluso monetarios, pues los primeros ochos pesos que gané en mi vida, a los catorce años, fueron producto de un texto. Hoy quiero dejar algo bien claro: la primera persona del singular *yo* es una modalidad de la época, no es un capricho egocéntrico, y lejos de ser un gesto individual es una necesidad colectiva: la de nombrarnos, la de decir presente, la de extender nuestra voz hacia los otros y hacia el futuro, la de derribar la clandestinidad.

Y para llevar al extremo esa necesidad, romperé aquí y ahora una regla implícita y explícita de la literatura, aquella que indica que los artistas no deben explicar ellos mismos su obra. Pues este cuento habla de mi vida y también de mi obra.

Ser madre, hacerme lesbiana, no ser más mujer, fueron experiencias que me abrieron a la emoción. Y necesito reivindicar ahora, dentro de mi escritura, como ya lo vengo haciendo por fuera, la importancia de hablar de nuestras emociones. Necesito dejar dicho todo esto antes de irme a la fiesta donde la chica que me gusta es dj. Sé que los hilos que conectan estos temas serán muy débiles, y así quiero que sea, porque la causa y el efecto de estos hechos

son un artilugio provocado por los cruces de mi vida que me parecen relevantes; y a medida que crezco, cada vez me importa menos que se note que hago lo que se me canta, y cada vez me importa más reivindicar mi derecho a ser libre. Por otro lado, la grave situación social que estamos transitando hace que la ficción se vuelva obsoleta, que la narrativa inevitablemente se vuelva ensayística. Este cuento, donde digo lo que se me da la gana, como en un discurso, es el cuento con que se cierra una etapa de mi vida, y la cerraré con un toque de batería mortal a lo Iron Maiden... y hasta tal vez rompa el instrumento. Y que lo que se tenga que romper, se rompa.

Hace una semana me tocó hablar en un homenaje a Hebe Uhart, a pocos meses de su muerte, y a poco de empezar me largué a llorar enfrente de toda la gente. A los treinta me largué a llorar frente al público en la Feria del Libro, leyendo un cuento donde el narrador se siente triste por la muerte de su galgo. Hace dos años, durante el Filba, estaba invitada a una charla y, mientras hablaba, Gregorio se tropezó y se clavó la punta de un escalón de mármol en la frente. Las chicas del museo me llevaron al baño y cuando vi sangre en la puerta creí que me moría. Vi a mi hijo sentado en el lavatorio bañado en sangre hasta la cintura. “¡Hijo! ¡Te dejé solo!”, fue lo primero que me salió decir. Una semana después, los del Filba me proponían dar un paseo con una escritora brasileña para escribir una crónica. La consigna era ver alguna manifestación en Plaza de Mayo, y terminamos visitando la carpa de Ex Combatientes de Malvinas. La historia de Malvinas me trajo el recuerdo de mi madre, que cada vez que cantábamos el himno en la escuela se largaba a llorar. ¿Por qué llorás?, le pregunté un día. Por los chicos que murieron en la guerra, me respondió. En el relato que escribí para el cierre del Filba, las dos historias se

conectaron. Ahora recuerdo la frase que escribí y que me hizo romper en llanto frente a trescientas personas: “Ver a tu hijo bañado en sangre es algo que no debería pasarle a ninguna persona”. Después pensé: pero por favor, ¿cómo no me di cuenta de que me iba a echar a llorar mientras leía semejante frase? Todavía consideraba que llorar en público era un accidente.